SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

10102

EL SEÑORITO

ARTURO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO SÁNCHEZ PASTOR



MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1900

EL SEÑORITO

ARTURO

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles*, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL SEÑORITO

ARTURO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EMILIO SANCHEZ PASTOR

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL, el día 7 de Abril de 1900, en el beneficio del primer actor **D. Francisco Fuentes**

MADRID
R. Velasco, imp., Marqués de Sta. Ana, 11 duplicado
Teléfono número 551.

1900

A Don Luis López-Ballesteros

Queridísimo amigo: La gratitud y la amistad exigen de mí que le dedique esta humilde producción dramática.

Ningún mérito tiene que la haga digna de honor tan alto; pero la suerte la ha avalorado concediéndola todo lo que yo podía apetecer para una obra mía:

El aplauso del público y las insolencias de los críticos.

Recíbala, pues, con el cariño que yo se la dedico y como testimonio del antiguo y sincero afecto de su compañero

Emilio S. Pastor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
MAGDALENA........................	SRA.	ECHEVARRÍA.
SEÑORA MARQUESA......... ...		GARZÓN.
ROSA..............................		CEBRIAN.
ANDRÉS...........................	SR.	FUENTES.
DON ROSENDO (Cura).............		ALTARRIBA.
ARTURO............................		ARMENGOD.
SEÑOR MARQUÉS.................		VALLARINO.
EL DOCTOR ROSSELL............		MORA.
JUAN..............................		LA RIVA.
GUTIERREZ.......................		PÉREZ.
UN CRIADO.......................		CODURAS.

ÉPOCA ACTUAL

Derecha é izquierda, las del espectador

ACTO PRIMERO

Patio de la casa del cura de Villafría. A la izquierda la casa con puerta y ventana. Al foro tapia con la puerta que da á la calle. A la izquierda un emparrado.

ESCENA PRIMERA

ROSA y JUAN

ROSA ¡Contento se va á poner el señor cura cuando vea este rosal pisoteado!

JUAN Yo no tengo la culpa.

ROSA Pues esta noche he sentido yo gente por aquí.

JUAN Y yo también.

ROSA Pero tú no te has levantado.

JUAN Si hablara uno...

ROSA Habla; ¿qué pasa?

JUAN Pues... se lo voy á decir á usté, y si usté quiere se lo dice al señor cura, y si no quiere no se lo dice.

ROSA Vamos, explícate.

JUAN Pues... hace unos cuantos días noté que faltaban las uvas de la parra mejor, y dije, ¡esto no pué ser más que por la noche! Me quedé ayer en acecho y á las tres de la madrugada... ¡zás! un bulto que salta al seto.

ROSA ¡Ave María Purísima!

JUAN Como no tenía arma denguna, dije: ¡alto! y el bulto echó á correr. Vi que era un hom-

675269

bre, saltó la tapia y siguió por la carretera alante... ¡Si hubiera tenido la escopeta á mano le abraso!

ROSA Hay que decírselo al alcalde.

JUAN Me parece que lo mejor es callar.

ROSA Pero tú, ¿le has conocido?

JUAN No; pero... ¡pero la he conocío á ella!...

ROSA ¿A ella?

JUAN Cuando yo dije «¡alto!», sonó un grito de mujer.

ROSA ¿De mujer?.. ¡qué horror! ¡Tú no estabas en tu juicio!

JUAN ¡De mujer! digo, si es mujer la sobrina del señor cura, porque la que gritó fué ella.

ROSA ¡Calla, bárbaro! el demonio piensa por tí... ¡Qué atrocidad! Anda, vete de mi presencia. ¡Jesús, qué hombre tan negado!

JUAN Bueno.

ROSA Anda, vete á tus ocupaciones; ¡si te oye el señor cura! ¡Calla, calla! ¡Qué pensamientos! ¡Nuestra Señora del Carmen nos libre de hombres como tú!

JUAN Pero miste que es fuerte cosa que uno no ha de saber nunca lo que se dice.

ROSA Pero ¿aún replicas?

ESCENA II

DICHOS y DON ROSENDO, por la puerta de la tapia

ROS. ¡Ya estais peleando, como siempre!

ROSA Es que este Juan está dejado de la mano de Dios.

JUAN ¡Pero miste que es fuerte cosa!...

ROS. Anda (A Juan.) echa un pienso al caballo, y tú sácame aquí el chocolate. (Vase Rosa puerta de la casa.)

JUAN Ahí ha venido el alcalde *pá* que le diga á usté que si *quié* contribuir con algo *pá* los pobres de Arenas.

ROS. ¡Ah, sí! Vete al Ayuntamiento y dile que con tres pesetas... que no puedo más por ahora...

JUAN ¡Ah! También ha venido Andrés.

ROS. ¡Tan temprano!

JUAN Ha dicho que volvería.

ROS. Bueno; anda al Ayuntamiento á escape. (Sale Rosa con el chocolate. Don Rosendo entra en la portalada y se sienta.) ¡Hola! tengo apetito. Mira, antes que se me olvide... Hoy tienes que poner comida para los dos hijos de la tuerta.... los han despedido de la mina.

ROSA Lo que es por ese camino no va á alcanzar lo del mes.

ROS. Ya proveerá el Señor, que á todas sus criaturas atiende.

JUAN (Aparte.) Yo se lo digo.

ROS. (A Juan.) ¡Vamos! ¿qué haces ahí? Anda donde te he mandado.

JUAN Ya voy. (Se lo diré luego.) (Vase.)

ESCENA III

DON ROSENDO y ROSA. Luego ANDRÉS

ROS. (Tomando el chocolate.) ¿Y Magdalena?

ROSA No se ha levantado todavía.

ROS. Yo no sé qué tiene esa chica. Las jóvenes deben levantarse con el sol... Sus rayos deben ser el primer baño de las muchachas.

ROSA Desde que estuvo en Madrid aquella temporada en casa de los señores Marqueses se ha vuelto más perezosa.

ROS La vida de Madrid es poco sana; por mi gusto no hubiera ido. Pero la Marquesa la tiene tanto cariño y se empeñó en llevársela...

ROSA Yo creo que hasta ha venido desmejorada.

ROS. Y es verdad, pero aquí se ha repuesto bastante.

AND. (Dentro.) Ave María.

ROSA Adelante. ¡Es Andrés!

AND. (Entrando en el portalón.) Buenos días, señor cura y la compañía.

ROS. ¡Hola, ¿Tú tan temprano? ¡qué! ¿hoy no trabajas?

AND. He pedido permiso porque tenía que hablar con usted.

ROS. ¿Conmigo? Bueno. Déjanos, Rosa.

ROSA (Boda tenemos. ¡Será este el que ha visto Juan!) (Vase á la casa.)

ESCENA IV

DON ROSENDO y ANDRÉS

ROS. Siéntate.

AND. (Se sienta.) Don Rosendo: ya sabe usted que estoy en relaciones con Magdalena...

ROS. Vamos; te voy á ahorrar el camino. Vienes á pedirme su mano.

AND. Sí, señor; á pedir la mano y á decirle á usted por qué.

ROS. ¡Hombre! ¿Por qué? Pues porque la quieres, porque acabas de ascender á capataz y tienes ya medios de crearte una familia. etc., etcétera.

AND. Sí, señor; por todo eso, y además... porque así vamos á poner término á una situación difícil.

ROS. (Alarmado.) ¡Difícil!

AND. Ya lo sabe usted. Me he criado con Magdalena. Desde niños cuando ella me miraba sentía yo no sé qué cosa en el alma que me hacía desear aquellas miradas; á mí me golpeaba el corazón entonces y ella se encendía como la hoja de la rosa, y bajaba la cabeza porque no podía aguantar tampoco el ahinco conque clavaba mis ojos en su frente... En aquella edad no sabíamos la causa de todo eso... pero luego crecimos y nos enteramos... Aquello era que nos queríamos mucho.

ROS. Es verdad.

AND. Usted dejó que nos quisiéramos, y yo, pobre y huérfano, me puse á trabajar en la mina del Marqués como no trabaja nadie... ¡Como que todos trabajan para ganar el pan y yo trabajaba para ganar el cielo! Ya ve usted si hay diferencia...

ROS. Y Dios ha premiado tu esfuerzo.

AND. Yo quería ganar mayor jornal para hacerla mi esposa. Pero... desde que volvió de Madrid... Magdalena es otra para mí.

ROS. Malicias de enamorados.

AND. ¡Cá! Le digo á usted que es otra. Ahora, cuando vengo al anochecer á hablar por la ventana, sale tarde y se va cuanto antes; cuando la miro fijo no se pone del color de la rosa, sino rojiza como la amapola... Yo creo que las mujeres tienen dos maneras de sentir la vergüenza y esta última me hace daño. Antes su risita me alegraba el alma y ahora me hiela; y es que antes se reía con todo su corazón y ahora solo se ríe con los labios, y eso no es alegría. ¡Eso es una mueca que me pincha aquí dentro!

ROS. Pero ¿no te quiere lo mismo?

AND. Dice que sí, y por eso adelanto el plazo... pa verlo. Quizá en estando casados se acabe todo.

ROS. ¡Pues es claro, hombre! Vaya, déjate de esas tonterías propias de enamorado; eso es efecto de lo mucho que la quieres.

AND. Parece que sus palabras me consuelan.

ROS. ¡Qué tonto! Más te consolarán las suyas; ahora la voy á llamar y verás qué contenta se pone. Por supuesto que estará en el secreto y por eso no se me ha presentado la picarilla...

AND. Yo la anuncié anoche mi visita.

ROS. (Llamando.) ¡Magdalena! Hay que avisar á los marqueses que quieren ser padrinos de esa boda. ¡Buen alegrón me vais á dar! ¡Magdalena!

ESCENA V

DICHOS y MAGDALENA

MAG. (¡Andrés aquí!)

ROS. Ven acá, mujer. ¿Con que me has ocultado esta grave entrevista y desde anoche sabías

que hoy venía Andrés?... ¡Qué ojerosa estás! ¡Claro! no habrás dormido en toda la noche... Verdad que el paso es grave para una mujer... Vaya, sentáos cada uno á un lado mío, porque debo daros algunos consejos. (Se sientan. A Magdalena.) No te atreves á levantar la vista del suelo, picarilla... Vamos, tonta, (Acariciándola.) si esto tenía que suceder tarde ó temprano. Bueno, pues lo primero que tengo que decir es que me haceis muy feliz con vuestra determinación, porque este es buen cristiano, es trabajador... en fin, lo que yo podía soñar. De modo que tenemos que tratar de la fecha, porque vosotros, ¡no me lo oculteis! querreis que sea pronto...

MAG. Tío, por lo visto se trata de mi boda.

ROS. ¡Toma! ¡Claro está!

MAG. Pues bien, debo decir la verdad... Me parece pronto.

AND. ¿Pronto?

MAG. Ya te lo he dicho anoche... y te empeñas en venir á molestar al tío.

ROS. Pero, ¿qué es esto?

AND. ¡Te parece pronto ahora! ¿Por qué?

MAG. Somos jóvenes... queda tiempo... Hay que pensarlo mejor.

ROS. Vaya, vaya, algún enfado pasajero hay entre vosotros, pero creo que delante de mí lo depondréis, y vamos á hablar en serio.

MAG. En serio hablo, tío. Yo no creo que esta es ocasión de casarme.

AND. Pues dí cuándo.

MAG. Más adelante.

AND. Eso no es fecha.

MAG. No tengo otra.

AND. ¿Lo ve usted, don Rosendo?

MAG. Ya te lo he repetido muchas veces.

AND. ¿Es esto justo? (A don Rosendo.)

ROS. (A Magdalena.) Pero vamos á ver, tú, ¿qué motivos tienes?...

MAG. No lo sé... ya lo he dicho... no es tiempo... Me acosan ustedes á preguntas y me desesperan... y me hacen llorar inutilmente. (Llora.)

ROS. No, eso, no. Verte afligida es la mayor de mis desdichas. Déjala hoy. (A Andrés.) Esto ya pasará. (Se levantan.)

AND. Es que yo no lloro... porque las lágrimas no salen; pero sufro más todavía.

ROS. Bueno; pero ya te digo que esto pasará.

AND. ¡Pasará! ¿Es que yo puedo decirle á mi corazón: espera los caprichos de una mujer?

MAG. (Vivamente.) ¡Pues no esperes!

AND. Pues no espero, ya lo sabes.

MAG. Me alegro.

ROS. ¡Magdalena!

AND. (Muy conmovido.) Adiós, señor Cura.

ROS. (Deteniéndole.) Pero, hijo...

AND. Adiós. (Vase por la puerta de la huerta.)

ROS. Pero Andrés... (Siguiéndole.)

MAG. Déjele usted, ya volverá... Desgraciadamente.

ESCENA VI

DON, ROSENDO, MAGDALENA, ROSA. Luego EL MARQUÉS, LA MARQUESA, ROSSELL

ROS. ¡Desgraciadamente! ¡Vaya, si hablaras en serio me darías un gran disgusto!

ROSA (Saliendo de la casa.) Señor cura, los Marqueses y su médico vienen hacia aquí.

ROS. ¡Los Marqueses! Dispón la sala en seguida. ¿Qué ocurrirá para recibir tanto honor? Vamos, serénate. Esta es la ocasión de hablar de la boda; ya sabes que quieren ser los padrinos.

MAG. No, tío, no les diga usted nada. Ya ha visto usted que Andrés no está dispuesto á esperar... ni yo tampoco.

ROS. Vamos, calla, calla.

MARQUÉS (Saliendo.) ¡Don Rosendo!

ROS. ¡Tanto honor! Señora Marquesa... (Se saludan.)

MARQ.ª (A Magdalena.) Tú, siempre tan buena moza. Pero... te encuentro algo desmejorada.

MARQUÉS Nuestro médico de Madrid, el doctor Rossell. (Presentándole.)

ROS. Ya conozco su fama. El señor es el que prestó tantos servicios cuando el cólera azotaba al pueblo de Nontaldo.

MARQ.ª Por lo cual se está instruyendo expediente para darle la cruz de Beneficencia.

ROSSELL Yo, no conozco nada.

ROS. Pero... pasen ustedes á la sala.

MARQUÉS No, señor; mejor estamos aquí, ~~en el emparrado~~.

ROS. Como gusten. (Se sientan en este orden: Rossell, Marqués, don Rosendo, Marquesa y Magdalena.)

ROSSELL ¡Qué hermosa muchacha! (Al Marqués por Magdalena.)

MARQUÉS Es la sobrina del señor cura.

ROSSELL Debe de ser histérica.

MARQUÉS Pronto la ha echado usted el fallo.

ROS. (A la Marquesa.) Ante todo, ¿y Arturo?

MARQ.ª Disponiéndose para marcharse á Madrid ahora mismo.

MAG. (Con grandísima sorpresa.) ¡A Madrid!

MARQUÉS Sí; tiene un juicio oral el lunes.

ROS. ¡Qué cosa más desagradable debe de ser eso de andar siempre entre procesados!

MARQUÉS Es la obligación del abogado.

MARQ.ª ¡Y que esta causa es gorda! Se trata de un albañil que dió una puñalada por la espalda á su maestro y le dejó muerto en el acto.

ROS. ¡Qué horror!

ROSSELL Enfermedades morales que curará la ciencia alguna vez.

ROS. Y la religión siempre.

ROSSELL Phs... no lo discuto.

MARQUÉS Bueno; no vayan ustedes á entrar en un debate filosófico ahora. Vamos á la cuestión principal. Nosotros nos vamos á Madrid mañana.

ROS. ¡Cómo! ¡Tan pronto termina el veraneo!

MARQUÉS No hay más remedio. Y venimos á hacer á usted un encargo. El día veinte, ya ve usted que solo faltan quince días, el día veinte tiene usted que celebrar aquí una ceremonia religiosa, que es de la que vamos á tratar.

ROS. Lo que ustedes quieran.

MARQUÉS Pues esta (La Marquesa.) quiere solemnizar ese día con un acto importante, colocando en los terrenos que últimamente he adquirido la primera piedra de una capilla para los mineros.

ROS. ¡Pero cuánto tiene que agradecer este pueblo á la piedad de la señora Marquesa!

ROSSELL Yo hubiera preferido un hospital ginecológico.

MAG. Y eso, ¿qué es?

ROSSELL ¡Ah! Una cosa necesaria en todas partes, y más propia del acto que se conmemora.

MARQUÉS Bueno; como ya está decidido que sea una capilla, no hay que hablar más del asunto. Ello es que usted dispone la fiesta y reparte hasta tres mil pesetas entre los pobres, para lo cual tiene ya orden de entregárselas el administrador de las minas.

MARQ.ª Y esa capilla se erige en honor de Santa Cecilia.

ROS. Yo hubiera preferido el santo patrón del pueblo... Pero eso ustedes.

MARQUÉS Ha de ser Santa Cecilia, y el día veinte... ¿No adivina usted por qué?

ROS. Confieso que no se me alcanza.

MARQUÉS Para perspicacia, las mujeres. ¿A que la sobrinita sabe ya de lo que se trata?

MAG. ¿Yo? No puedo comprender por qué...

MARQUÉS ¡Qué torpeza! Pues... porque se llama Cecilia la mujer con quien el día veinte contrae matrimonio Arturo.

MAG. ¡Cómo! (Levantándose asombrada.)

ROS. ¿Y tenían ustedes eso tan secreto? ¡Mil enhorabuenas!

MAG. ~~¡Sí, sí, mil enhorabuenas!~~ (Rompe á llorar y cae sobre la silla sentada.)

MARQ.ª ¡Magdalena!

ROS. ¿Qué es esto, hija?

ROSELL ¿Qué la sucede? (La rodean todos; el doctor la toma el pulso.)

MAG. Nada, si no es nada... Que algunas veces me dan unas ganas de llorar...

ROSELL (Al Marqués.) ¿No le decía yo á usted que teníamos histérico á la vista?

ROS Vaya, voy á decirles á ustedes lo que pasa. ¡Cosas de chiquillos! Ha estado aquí su futuro y hemos tenido un pequeño disgusto... ¡Cosas de enamorados! Ya se le pasará; pero como ha oído hablar de boda... y precisamente de boda hemos tratado también nosotros... se conoce que al recordar...

MARQUÉS ¿De boda? ¡Hombre! A ver si se celebran en un día.

MARQ.ª Es verdad. ¡Excelente idea! (Cogiéndole la mano.) ¡Qué tonta! ¡Y estás helada! A ver si por una chiquillada vas á caer enferma. Precisamente Andrés es un santo, y si hoy está enfadado, mañana le verás volver hecho un cordero.

MAG. Si no me importa que Andrés no vuelva en toda su vida. (Llorando.)

MARQUÉS ¡Bah! Eso lo dice con la boca chiquita... Bien se ve que no lo siente. ¡Diablo de chicas! Cuando se enamoran...

MAG. ¡Pero si no tengo absolutamente nada!

ROSSELL (A don Rosendo.) Dela usted bromuro.

ROS. Pero, ¿está enferma?

ROSSELL Bromuro en grandes cantidades; ya le remitiré la fórmula. Estos ataques... de *amor*, para dejarnos de tecnicismos, se curan con bromuro de potasio.

MARQUÉS Pues lo que es, cuando yo tenía veinte años, ya podía usted haberme dado bromuro.

MARQ.ª Ya saliste con una de las tuyas. Vámonos, que hay mucho que hacer todavía.

ROS. Me permitirán que los acompañe hasta la esquina de la huerta.

MARQUÉS No se moleste.

ROS. ¡No faltaba más! Así les contaré lo que ha pasado.

MARQUÉS (A Magdalena.) Tranquilízate, que si vemos á Andrés ahora, le haremos volver, tontuela.

MARQ.ª Vamos, déjala, que no dices más que tonterías. (A Magdalena.) No tomes tan en serio las cosas del mundo, y mucho menos la conducta de los hombres... Sufrirás mucho.

MAG. Pero si no sufro.

MARQUÉS (¡Qué suerte tienen algunos!)

ROS. Espérame tranquila, que pronto volveré. (Vanse foro izquierda.)

ESCENA VII

MAGDALENA, luego ARTURO

MAG. ¡Mentira! ¡Mentira! Arturo no es capaz de esa villanía. Y, sin embargo, ¿cómo no ha venido con sus padres á despedirse?... ¡Imposible! No... me volvería loca.

ART. (Saliendo foro derecha.) Magdalena.

MAG. ¡Arturo!

ART. ¿No está tu tío?

MAG. Va á despedir á tus padres, que salen de aquí ahora mismo, y que me han dicho una cosa horrible... que tú vienes á desmentir, ¿verdad?

ART. (Con esto no contaba.) ¡Cómo! ¿Te han dicho?...

MAG. Sí; pero tú te opondrás, como me has ofrecido tantas veces. ¿Te acuerdas? Yo siempre llevo grabadas aquí aquellas palabras, mejor dicho, aquel juramento: «Aunque mis padres quieran casarme con una mujer de mi clase, yo me opondré siempre... ¡siempre!» Repítelo.

ART. Bueno, no te aflijas así... Ante todo, vengo porque anoche, como tuve que saltar esa tapia á escape, se me debió caer la cartera... y ya sabes que en ella está aquel retrato que me diste con aquellas palabras escritas. Eso no se puede perder, y hay que buscarlo.

MAG. Sí, hay que buscarlo; pero antes quiero encontrar tus palabras de siempre, las de anoche mismo... ¿No te atreves á negar lo que acaba de decir tu madre?

ART. Yo te digo lo de siempre, que me opondré hasta... hasta donde pueda.

MAG. ¡Cómo! Tú tienes la obligación de oponerte siempre, hasta perder la vida si es preciso, porque la vida es menos que mi honra.

ART. Sí, sí, tienes razón. Ahora no podemos discutir eso. Yo me tengo que ir á Madrid, y

necesito encontrar esa cartera, que te compromete tanto... Va á venir tu tío.

MAG. Arturo, tú no te atreves á mirarme cara á cara como siempre.

ART. Vaya, vamos á perder el tiempo en recriminaciones inútiles... Ya te digo que yo me opondré.

MAG. ¡Mientes!

ART. ¡Cómo!

MAG. Yo soy una mujer ignorante .. tú eres abogado.. pero á una mujer no se la engaña más que una vez. Mientes, te digo. Tú vas á casarte... vas á abandonarme...

ART. Pero, mujer...

MAG. Y has venido, no á buscar la prueba de mi deshonor, sino á recoger la prueba de tu compromiso.

ART. ¡Qué manera de discurrir tan maliciosa!

MAG. He acertado, ¿verdad? Tú no contabas con que, en mi ignorancia, fuera capaz de adivinar tu delito por entero. Pero ya lo ves; de nada te sirve tu inteligencia, porque yo discurro con el corazón, y tú... ¡tú no lo tienes!

ART. En ese estado de exaltación, no podemos discutir nada.

MAG. Justo; mis palabras te enojan, y es preciso que realices la maldad sin que nada te moleste.

ART. ¡Maldad! ¡Delito! ¿Crees que con palabrotas vas á conseguir más de lo que mi voluntad quiera?

MAG. Tienes razón; el dolor me hace pensar injustamente... No, tú no serás capaz de esa acción. Tú no me condenarás á la vergüenza y á la muerte por haberte querido, ¿verdad?

ART. Así te quiero ver y oir. Yo te prometo que, suceda lo que suceda, no te abandonaré jamás...

MAG. ¡Arturo mío!

ART. No. Siempre seré tu apoyo, y lo seré con más constancia y más entusiasmo todavía si razones incontestables me obligasen á contraer ese matrimonio.

MAG. (Separándose bruscamente) ¡Basta! ¡Basta! ¡Usted quiere pagarme con dinero!
ART. ¡Pero qué modo de interpretar! Magdalena.
MAG. Y el dinero sirve para comprarle á usted, porque esa mujer será rica, de seguro, pero á mí.. ¡á mí no se me puede pagar!
ART. Calla y oye, ya que te empeñas en provocar esta escena. En el mundo hay algo más que el capricho y la voluntad del hombre. Las conveniencias sociales no se pueden pisotear, aunque á ti te convenga...
MAG. Yo he pisoteado mi honor porque le convenía á usted.
ART. Y á ti.
MAG. ¡¡Ah! ¡Es usted un cobarde!
ART. Magdalena, no sabes lo que dices.
MAG. ¡Un cobarde! Porque yo no tengo defensa contra su villanía.
ART. ¿Es ese el camino que me jurabas hace poco?
MAG. Hace poco no le conocía á usted. Ahora le veo tal cual es... ¡y le desprecio!
ART. Cuando reflexiones serenamente, quizá no me juzgues tan mal. (Va hacia la puerta.)
MAG. ¡Y se va! Sin una palabra de consuelo, sin dejar una esperanza...
ART. (Volviendo.) No te olvides de que mi apoyo no te faltará jamás, porque soy un caballero. se lo que debo hacer.
MAG. ¡Es usted un infame! es imposible.
ART. ¡Oh! Esto ya no puede oirse. (Vase.)
MAG. ¡Arturo! (Corriendo hacia la puerta.) ¡Arturo. Huye... sí. ¡Si es un infame! ¡Dios mío..! Dios mío, qué sola me quedo con mi falta (Se sienta llorando en el sillón.)

ESCENA VIII

MAGDALENA, DON ROSENDO. Después JUAN

MAG. ¡Vienen! (Reponiéndose con rapidez. Vase.)
ROS. ¡Qué impertinencia! ¡Pobre sobrina mía! Gracias á que no ha oído las barbaridades

que me ha dicho ese médico. (Llamándole.) ¡Juan! No sé cómo los señores marqueses van siempre con ese doctor. ¿Qué tendrán que ver las enfermedades con la conciencia? (A Juan, que sale.) Oye, si no estando yo viene ese médico de los señores á ver á Magdalena, le dices que no está, aunque venga mandado por ellos. ¡Pobre ángel mío! Ni para un constipado llamaría yo á ese hombre. (Vase.)

ESCENA IX

JUAN y ARTURO

JUAN — Yo debía decírselo todo al señor cura... ¡No! Primero á Andrés.

ART. — (Desde la puerta.) Está solo... ¡Juan!

JUAN — ¿Quién es?

ART. — ¡Calla!

JUAN — ¡[redacted] señorito Arturo!

ART. — Ven aquí. Yo te voy á pagar muy bien; pero no me ocultes nada... Anoche me viste, ¿verdad?

JUAN — Sí, señor; y si tengo una escopeta...

ART. — Ya te he dicho que pienso recompensarte espléndidamente. Al saltar la tapia se me debió caer un objeto...

JUAN — Una cartera.

ART. — ¡Gracias á Dios que ha parecido! La tienes tú, ¿verdad?

JUAN — Aquí mesmo.

ART. — Bueno; el dinero que hay en ella para tí, y dámela.

JUAN — ¿Y yo qué sé si es de usted ó de otro?

ART. — ¿No te digo que es mía? ¿Me crees capaz de reclamar lo que no me pertenece? Tráela.

JUAN — He dicho que no.

ART. — Entonces quieres robarme.

JUAN — ¡Yo! Yo no robo, señorito; lo que parece en la casa es del amo, y á él debo entregarle esto con lo que tenga; luego usté se lo reclama al señor cura.

ART. ¿Pero tú sabes el dinero que hay en ella? ¡Más de mil pesetas!

JUAN No me importa, ni lo he contao, ni lo he visto.

ART. Eso es que ya no la tienes.

JUAN ¿Que no la tengo? (La saca del pecho.) ¡Mírela usté!

ART. Bueno, déjame sacar una cosa sola, un retrato y quédate con ella.

JUAN Pídaselo usté al señor cura

ART. Lo que voy á hacer es llamarle y contárselo, para que vea de lo que eres capaz.

JUAN Llámele usted; mejor dicho, voy á avisarle. También sabrá de lo que son capaces los señoritos. (Medio mutis.)

ART. Detente. Vente á buenas; dámela, te conviene á tí más que á mí.

JUAN ¡Cá!

ART. ¡Soy capaz de arrancártela con la vida! (Abalanzándose á él.)

JUAN ¡Señorito, si me toca usted le aplasto!

ART. ¿A mí te atreves? Pues si se ha de dar el escándalo que sea á costa tuya. (Cogiéndole de la mano.)

JUAN ¡Señorito, que le ahogo! (Forcejeando.)

ESCENA X

DICHOS y ANDRÉS

AND. ¿Qué es esto? (Adelantándose á separarlos. Al verle sueltan los dos y Juan se guarda la cartera.)

ART.
JUAN } ¡Andrés!

ART. Este necio me ha dicho una insolencia y he querido castigarle.

AND. No le haga usted caso. (A Juan.) ¿Cómo te atreves á faltar al señorito? ¡Si lo sabe el señor cura!

ART. Por eso me he contenido.

AND. Anda, vete á tus ocupaciones.

JUAN Bueno, me iré... (Yo escucharé lo que ha-
sabré

blais.) (A Andrés.) No te fíes de ese. (Vase por la casa.)

ART. (Hoy no consigo nada.) Adiós, Andrés.

AND. ¿Se va usted?

ART. Sí, tengo que alcanzar el tren de las once. Supongo que ya pronto será tu boda con Magdalena.

AND. Por mi gusto, mañana.

ART. Puedes darle la noticia de que yo conseguiré de mis padres un buen dote y aumento de jornal para tí.

AND. ¿De veras?

ART Por supuesto, si se casa contigo pronto.

AND. ¡Pronto! Eso es lo que no quiere.

ART. Dile lo que yo acabo de ofrecerte, verás cómo accede, sobre todo ahora. Adiós.

AND. ¿Cómo ahora?

ART. Sí, ahora que la puedes decir de mi parte que tu porvenir y su fortuna dependen de que acceda en seguida á tus deseos.

AND. Es verdad. ¡Cómo pagaré al señorito tantos favores!

ART. Déjate de pagar nada. Con veros casados estaré satisfecho. Y adiós

AND. ¡Qué bueno es usted. (Cogiéndole las manos. Vase Arturo.) Todos se interesan por mi felicidad. ¡Todos... menos ella!

ESCENA XI

ANDRES y JUAN

JUAN ¡Andrés!

AND. Hombre... ¡cuidado que tienes unas maneras!

JUAN Ese señorito es un infame.

AND. ¡Cómo! Delante de mi no se habla mal de ese hombre.

JUAN Andrés, desde niño te he querido como un hermano.

AND. ¡Pues hazme caso!

JUAN Y yo... no sé tanto como tú, porque ni me han llevado á la escuela como á tí, ni ná.

Pero eso no quita pa que sepa lo que es vergüenza.

AND. ¿Y qué quieres decir con eso?

JUAN Que á tí te veo queriendo cada día más á Magdalena... y hacías bien porque ella parecía que te quería; pero después... ¡ya no parece lo mismo!

AND. Qué, ¿tú también has notado su sequedad para conmigo desde que estuvo en Madrid?

JUAN Anda, y déjala que se case con otro.

AND. ¡Con otro! Tú no sabes lo que dices. Eso no. Si no es mía no será de nadie... ¡te lo juro por mi madre que está en el cielo!

JUAN No jures eso, hombre.

AND. Pero tú, ¿por qué me dices esto? ¿Has oído algo? No me ocultes nada; tú acabas de recordar ahora mismo el cariño que me tienes... ¡por eso tu obligación es decírmelo todo, absolutamente todo!

JUAN No te pongas así... yo te lo diré, pero no me descubras.

AND. No. Habla, pero pronto.

JUAN (Muy bajo.) Magdalena... ¡no te quiere!

AND. ¡Qué!

JUAN Tiene relaciones con otro.

AND. Mira lo que dices, Juan, que te expones mucho. Que yo puedo no creerte, es más, no quiero creerte. (Exaltandose.) Mira que... que puedes ser un infame..

JUAN Sí; me creerás. Estoy seguro.

AND. ¡Relaciones con otro! ¿Con quién?... Me da vergüenza preguntarlo, porque parece que te creo... ¿Con quién? Verás cómo es una barbaridad lo que has pensado. ¿Con quién?

JUAN (Muy bajo.) Con el señorito.

AND. ¡El señorito!... Me dices lo que yo menos podía pensar, y ya me está pareciendo lo más verdá!

JUAN Todas las noches ha venido aquí saltando por esta tapia como un ladrón, y yo los he descubierto... ¡No te cases!

AND. Me voy... para no matarte si te equivocas; para matarle á él aunque mientas.

JUAN Espera, no me equivoco: ahora peleábamos

porque quería arrancarme esta cartera que se le cayó anoche al saltar la tapia. Ahí verás.

AND. Trae. (Revolviendo los papeles saca un retrato y lee muy agitado.) «La que es tuya ante Dios: Magdalena. Y lo será ante los hombres, Arturo.»

JUAN No me descubras.

AND ¡Ante Dios! ¡Dice ante Dios! Sí; pues él que ha visto la traición verá mi venganza.

JUAN Ten calma; sé hombre.

AND. Sí, tendré calma. Necesito verla primero á ella... ¡No! primero á él, que me ofrecía ahora mismo su dinero, que me daba su mano. ¡No, no! ella es más infame, ella me ha engañado más, y es para quien siento todo el odio.

JUAN Pa si te sirve de consuelo, te diré que ella ya ha pagao el delito.

AND. No, que está viva aún y vive su amante.

JUAN Pero ahora mismo se acaba de despedir él... yo lo he oído todo escondío. El señorito se va á casar y Magdalena ha llorado mucho.

AND. Parece que se me saltan las sienes... Pero tú, ¿por qué has callado hasta hoy?

JUAN Es hoy cuando lo he sabido.

AND. Necesito verla en seguida... hablarla... Yo la entregaré esta carta. Avísala... dí que estoy aquí aguardándola... y al señor cura también. Necesito que lo sepa todo el munda para que la vergüenza la mate... ¡porque yo no tengo valor! A él, sí; á él, sí; iré á Madrid ahora mismo, y donde le encuentre verá... que á un hombre le puede engañar una mujer, pero otro hombre no.

JUAN Ahora vete á tu casa.. y allí piensas... y pensando olvidarás .. á ambos.

AND. No, eso no me lo digas, ni lo pienses siquiera, porque yo no soy un cobarde como ellos.

JUAN El señor cura viene. No le hables ahora.

AND. Sí, ahora. Déjanos, vete. Ya estoy sereno. ¿Ves que sereno estoy? (Haciendo esfuerzos por dominarse.) Vete.

JUAN Ya estoy arrepentío de habérselo dicho. (Vase Juan por la derecha. Sale don Rosendo de la casa.)

ESCENA XII

ANDRÉS, DON ROSENDO

ROS. Me alegro de verte. ¡Gracias á Dios que puedo darte una buena noticia!

AND ¿A mí?

ROS. A tí. Con la ayuda de Dios se consigue todo en este mundo, y sobre todo cuando hay voluntades dispuestas á dejarse convencer, como las vuestras.

AND ¡Como la nuestra!

ROS. Te haces el tonto, ¿verdad? Te daré la noticia poco á poco, que es como te gustará á tí recibirla, para paladearla mejor.

AND. ¡Si estoy ansioso de saber más, mucho más!

ROS. Te impacientas, ¿verdad? Vaya, no quiero hacerte sufrir mucho. Magdalena se ha convencido.

AND. ¿De qué?

ROS De que debe ser tu esposa.

AND. ¿Cuando?

ROS. Ahora mismo. Ha sucedido lo que yo te decía ¡Chiquilladas! ¿Ves lo terca y tenaz que antes estuvo? Pues ahora con media docena de palabras ha accedido, y está dispuesta á casarse en seguida, pero cómo, en seguida, según acaba de decirme.

AND. ¡Le corre prisa ahora! (Tono irónico muy amargo.)

ROS. Hombre, no es eso.. ¡qué tono! ¿A que ahora tengo que convencerte á tí? Tu despedida la hizo un efecto atroz Estuviste muy duro .. en fin, ha estado llorando desde que te fuiste, y no se ha podido contener ni delante de los marqueses... ¡Ya ves lo que te quiere!

AND. No serán las únicas lágrimas que vierta delante de esos señores.

ROS. ¿Por qué dices eso?

AND. Porque los marqueses son el orígen de su llanto.

ROS. No te entiendo.

 muy bueno

AND. Don Rosendo... usted es un santo y el mundo está lleno de gente mala. El engaño es lo que priva, y al que tiene un corazón sano se lo dañan pronto, y lo hacen malo también... ¡y yo tengo ahora mucho veneno en el mío!

ROS. ¿Vas á resultar rencoroso ahora?

AND. Yo no tengo más remedio que darle á usted un disgusto que no merece, porque usted es un bendito, eso lo confieso yo ante todo el mundo, pero yo... ¡yo no puedo casarme ya con Magdalena!

ROS. ¡Cómo! ¿Por qué?

AND. Porque... ¡porque tengo dignidá!

ROS. ¡Qué dices!

AND. Que usted me ha enseñado á ser honrado ante todo, y que Magdalena no lo es.

ROS. ¡Infame! ¿Qué es lo que te atreves á decir?

AND. Pégueme si quiere. Pero esa no ha respetado sus canas, ni su nombre, ni nada... Antes, cuando no quería casarse conmigo me engañaba. Ahora que accede me engaña... y me mancha. Antes me tomaba por un tonto; ahora me cree un sinvergüenza... ¡Con matarla haría muy poco!

ROS. ¡Estás delirando ó estás borracho! ¡Ten esa lengua, que no te arranco por mi estado, no por mis años; que contra el calumniador cobarde á todos nos da Dios energía.

AND. Don Rosendo, máteme usted, pero no me insulte. Magdalena accede á que yo sea su esposo... ¡porque acaba de ser abandonada por su amante.

ROS. ¡Bárbaro, bárbaro! ¡¿Qué?

AND. Llámela usted. ¡Que venga delante de mí á negarlo! Tengo las pruebas para usted en esta mano. Para mí las llevo aquí dentro hace muchos meses. (Señalando al corazón.) ¡Que venga!

ROS. No; eso no. Magdalena es un ángel; Magdalena no puede oir esto... como no sea para que te pongas de rodillas delante de ella y la pidas perdón de tus horrendas injurias... pero más adelante; cuando Dios te haya to-

cado en el corazón; cuando te hayas arrepentido.

AND. ¡Maldito el instante en que la conocí!

ROS. Vete... ¡No estás en tu juicio!

ESCENA XII

DICHOS y MAGDALENA

ROS. (Al verle salir.) Magdalena... no; no salgas aquí ahora... no oigas lo que dice ese malvado.

AND. A mí se me puede oir, que yo no soy quien la ha manchado para siempre.

ROS. No hables... ahora. ¡Delante de ella te abofeteo sin compasión!

MAG. (Abrazándole.) ¡Tío de mi alma!

ROS. Escúpele en el rostro... ¡es un canalla! Llámaselo... que yo te defiendo. ¡Llámaselo!

AND. No me lo ha llamado, pero es peor; porque me ha creído capaz de serlo.

MAG. No; eso no, Andrés... Soy incapaz de añadir á una falta un delito.

ROS. ¡¡Tú!! ¡¡Tú!! ¡Qué dices! ¡Dios mío! (Cae sobre el sillón.) Yo sueño por fuerza.

AND. Ahí tienes el retrato que habías dado al señorito. (Tirando al suelo la cartera.)

ROS. ¡Cómo! (Queriendo incorporarse.) ¡El señorito!

MAG. ¡Perdón, tío mío, perdón!

ROS. Pero... ¿ese hombre no miente? ¿Ese hombre no es un vil impostor?

MAG. No; yo soy quien le ha engañado. Yo soy la infame... (Arrodillándose.)

ROS. ¡¡Oh! (Rechazándola.) ¡Aparta, quítate!

MAG. ¡Perdón!

ROS. No. Yo... yo no puedo maldecirte... ¡Mis manos están ungidas para bendecir! ¡Pero tu madre...!

MAG. ¡Dios mío!

ROS. Tu madre... te maldice desde la eternidad. (Grito de Mag.)

AND. (P) (Se va á acercar á ella y se aparta de repente.) ¡Qué vergüenza!... ¡Me parece que la quiero todavía!

¡Dios mío! ¡Mátame!... pero arráncala de mi corazón.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gabinete de Arturo en casa del Marqués.—Puertas laterales y al foro

ESCENA PRIMERA

ANDRES, sentado, pensativo, hasta que entra el CRIADO

CRIADO Es usted el que trae una noticia de las minas de Villafría?

AND. Claro está.

CRIADO La señora marquesa dice que vuelva usted cuando esté aquí el señor marqués, porque ella no entiende de esos asuntos.

AND. ¿Y por qué la han avisado, si yo á quien deseo ver es al señorito Arturo?

CRIADO Tampoco está.

AND. ¿Pero vendrá alguna vez á su casa?

CRIADO No lo sabemos, porque á ido á las Salesas y le han llevado la toga.

AND. Entonces volveré.

CRIADO ¿Quiere usted dejar su nombre, ó algún recado?

AND. No hace falta. Tengo que hablarle yo mismo y nadie puede dar mi encargo. Las Salesas ¿están lejos?

CRIADO A veinte pasos de aquí.

AND. Entonces puede que le sorprenda yo allí mismo; pero si no puedo hablarle volveré, porque es urgentisimo el recado que tengo que darle, y á de ser ha solas.

CRIADO (Con malicia.) Vamos, sí; de la sobrina del señor Cura.

AND. ¡Yo recados de la sobrina!... (¡Lo saben hasta los criados!) No; yo no traigo recados de esos... pero se relaciona el asunto con ella. (¡Qué vergüenza me da de este hombre!)

CRIADO Entonces, cuando esté aquí el señorito yo le entraré á esta habitación, (Señalando á la derecha.) que es la suya, sin que se entere nadie.

AND. Gracias. Eso, ¡eso es lo que yo deseo precisamente!

CRIADO ¡Ah! Hoy estará aquí muy poco tiempo, porque esta tarde son los esponsales en casa de la señorita Cecilia.

AND. Yo le necesito muy brevemente.. Unos minutos, si el quiere, bastan y sobran...

CRIADO Cuando acabe la vista vendrá á vestirse.

AND. (Esta casa me enciende más la sangre.) No se olvide usted de que me ha prometido que le veré sin que nadie se entere de que estoy aquí.

CRIADO No tenga usted cuidado.

AND. Adiós. (Vase por el foro.)

ESCENA II

CRIADO, LA MARQUESA. Luego GUTIERREZ.

CRIADO ¿Qué será eso?

MARQ.ª (Saliendo por la izquierda.) ¿Se ha sabido qué quería ese que viene de las minas?

CRIADO Solo quería ver al señorito. Por equivocación se ha pasado recado á la señora marquesa.

MARQ.ª Alguno que pretende trabajo.

CRIADO Ha dicho que volverá. (Sale Gutierréz por el foro.)

GUT. Dirá usted que amanezco muy temprano. (Vase el Criado.)

MARQ.ª ¡Ya, ya! Es una sorpresa.

GUT. Perdone usted que haya entrado sin anunciarme.

MARQ.ª ¡Pero Gutiérrez! ¿Hasta cuándo van á durar

esas tonterías? Usted es ya de la familia. Pero ¿cómo tan temprano?

GUT. La liquidación de fin de mes tiene la culpa. Estos días son malos para nosotros .. He tenido que hacer en el Banco y he dicho: «Vaya, voy á subir y así iremos juntos á mi casa.»

MARQ.ª ¿Y Cecilia? (Se sienta la Marquesa.)

GUT. Figúrese usted; pensando en la fiesta de esta tarde. A mí me trae loco.—Papá, ¿estará bien que para los dichos me ponga estos pendientes?—¿Estará bien que reciba con flores?—Y yo, que no sé una palabra de estas cosas, ni entiendo más que de Bolsa y de negocios, para los cuales todos los trajes son buenos, ¿sabe usted lo que contesto? Pues la digo: «Mira; Arturo te quiere de todas maneras, ya ha caido en el garlito y no se vá á arrepentir por lazo mas ó menos que te pongas.»

MARQ.ª (Riendo.) ¡Qué cosas tiene usted!

GUT. Son cargantes tantos accesorios para casarse. Todo debía arreglarse en el mundo como nosotros hacemos las cosas en la Bolsa. Con dos líneas de lápiz compra usted cinco millones... ¡eso es hermoso! El matrimonio se debía arreglar también con dos líneas de lápiz.

MARQ.ª ¡Bueno saldría ello!

GUT. Lo mismo .. (Sentándose.) Arturo en la Audiencia, ¿eh?

MARQ.ª Sí; y su padre también. Como es la primera vez que habla en público ha querido oirle. Deben estar ya para llegar.

GUT. Cecilia quería ir también á la vista.

MARQ.ª No es asunto para señoritas solteras.

GUT. Pues se empeñaba en ir. Gracias al día que es no lo ha hecho. Está ocupadísima. Al fin y al cabo puede decirse que es el primer día en que va á hacer los honores de ama de casa y eso la preocupa mucho. Por fortuna, como usted la ayudará, saldrá bien del paso.

MARQ.ª ¿Ustedes habran hecho sus invitaciones particulares?

GUT. Sí, señora, pero pocas. No me gusta mucha gente; me atonta, y mas en día de liquidación.

ESCENA III

DICHOS y EL MARQUÉS

MARQUÉS (A Gutiérrez.) ¿Tú aquí? (Entra por el foro.)

MARQ.ª ¿Ya se ha acabado la vista?

MARQUÉS No. Ha acabado Arturo su discurso. ¿Cómo no has ido, hombre?

GUT A fin de mes no hay que contar conmigo para nada.

MARQUÉS Chica, (A la Marquesa.) siento que no le hayas oído.

MARQ ª Cuenta, cuenta.

GUT. A ver, á ver.

MARQUÉS ¡Ah! ¡es un gran abogado! ¡Qué preguntas á los testigos, y luego, qué discurso! Ya puede estarle agradecido el reo, que por cierto tenía una cara de bribón... Pero Arturo ha demostrado como dos y dos son cuatro, que el hombre, al matar á su maestro, obedeció á un impulso imperioso... á los celos. En fin, yo no puedo explicar todas las razones que ha dado, pero han sido brillantes. El reo lloraba y asentía como diciendo: «Eso es, eso es»... En fin, un discurso magnífico. El fiscal... ¡pobre fiscal! ha quedado hecho un guiñapo; ¡y no ha estado corto! ha pedido diez y ocho años de cadena.

MARQ.ª ¿Arturo habrá pedido la absolución libre, como se proponía?

MARQUÉS Claro está, y se la conceden.

GUT. ¿Que se la conceden? ¿Pero ese no es el albañil que mató al maestro de obras porque descubrió que estaba en relaciones con su novia, criada del mismo maestro?

MARQ ª Sí, señor.

GUT. Entonces ¿cómo le van á absolver?

MARQ.ª Pero no ves que Arturo ha probado que hubo violencia de parte del maestro, que la

obtuvo por la fuerza... y como ha dicho muy bien Arturo, si el maestro viviera sería menester mandarle á presidio.

MARQ.ª A mí la que no me merece compasión es ella. ¡La debían castigar más que á él!

MARQUÉS ¡Pero si ella no ha tenido la culpa!

MARQ.ª Por eso sí que no paso: la mujer tiene siempre la culpa. La que falta á sus deberes no tiene derecho á nada, ni hay atenuación que valga.

MRAQUÉS Si hubieras oído á Arturo...

MRAQ.ª Para eso no tengo que oír á nadie. ¡Ella, y siempre ella!

MARQUÉS El tonta, él. (A Gutiérrez.) ¿No te parece?

GUT. A mí lo que me parece es que esas cosas de la justicia debían arreglarse como nosotros las de la Bolsa. ¿Mata uno á otro? Pues con dos líneas de lápiz se le mata á él y se acabó.

MARQUÉS ¡Qué cosas tienes!

MARQ.ª ¿Pero Arturo no ha venido?

MARQUÉS Se ha quedado allí; ahora iba á rectificar el fiscal, pero yo, por contarte lo ocurrido... ¿Y Cecilia? (A Gutiérrez.)

GUT. Preocupadísima y esperando que llegue la hora del primer paso. Supongo que ustedes irán temprano.

MARQ.ª En cuanto Arturo venga, y si estos tienen que hacer iré primero yo sola para ayudar á Cecilia.

GUT. ¡Ah! parece cosa convenida entre ellos que la luna de miel se pase en Villafría.

MARQUÉS Sí; yo también necesito ir allá en seguida; aquello no puede andar solo. Y tú debías venirte con nosotros y con los novios.

GUT. Yo no puedo faltar de Madrid ni veinticuatro horas.

ESCENA IV

DICHOS y UN CRIADO

CRIADO — El señor cura de Villafría, que desea hablar con el señor Marqués solo.

MARQ.ª — ¡Don Rosendo aquí! ¿Qué ocurrirá?

MARQUÉS — Grave debe ser para que él se ponga en camino. Que pase.

MARQ.ª — Te dejamos.

GUT. — Vámonos donde usted quiera. Supongo que acabarás pronto. Si no, hasta luego.

MARQUÉS — En seguida. (Vanse por la derecha la Marquesa y Gutiérrez.)

ESCENA V

EL MARQUÉS y DON ROSENDO

MARQUÉS — ¡Don Rosendo; usted por aquí! Siéntese.

ROS. — Con su permiso. (Se sienta.)

MARQUÉS — ¿Qué hay?

ROS. — Necesito que nadie nos interrumpa.

MARQUÉS — No tenga usted cuidado. (Se sienta.) Pero. . ¡me está usted asustando! ¿Me ha ocurrido alguna desgracia en las minas? Hable usted pronto.

ROS. — Hay una desgracia, pero me ha ocurrido á mí.

MARQUÉS — ¡A usted!

ROS. — Y la más enorme que el cielo podía depararme. Usted sabe que, al morir mi hermana, me encargué de la educación de Magdalena... Fué para mi esto el principio de una nueva vida... ¡Sentir todos los goces de la paternidad dentro de mi estado! ¡Experimentar las caricias filiales dentro de la serenidad que dan al alma los votos más severos!... Era una dicha excepcional con la que yo me engreía y por lo que sin duda he sido justamente castigado... ¡porque en la tierra

no debe estar permitida tanta felicidad para un solo ser!

MARQUÉS Pero, ¿es que Magdalena está enferma?

ROS. Algo peor. Magdalena ha faltado á todos los deberes de mujer honrada.

MARQUÉS ¿Qué dice usted? Eso no puede creerse.

ROS. Y, sin embargo, es verdad.

MARQUÉS ¡Qué atrocidad! ¿Cómo se podía imaginar una cosa así? El progreso de los tiempos. Antiguamente no era posible que una joven bien educada... Vaya, no se aflija usted; eso tiene un arreglo. El matrimonio lo borra.

ROS. Lo tapa.

MARQUÉS Es igual. Por supuesto, que el autor de la hazaña merece cualquier cosa. Claro está que se trata de Andrés... Siempre me ha parecido á mí ese chico una mala persona; pero ella le quiere mucho... Nada, nada, la casaremos... pero no será sin que antes le eche yo un sermón bueno. ¡Qué desconsideración! El que hace una cosa así debía ir á presidio.

ROS. No se trata de Andrés.

MARQUÉS ¿No? Pues eso es más grave. Pero, en fin, sea quien sea, es igual. Se casará por buenas ó por malas.

ROS. El que ha abusado de la inocencia de Magdalena se quiere casar con otra.

MARQUÉS ¿Con otra? Lo impediremos... ¡Vaya una bribonada! ¡Pues no faltaba más! Encomendaremos el asunto á Arturo, si hace falta, y ya verá usted lo que consigue ante los tribunales.

ROS. No necesita Arturo acudir á los tribunales para eso, porque quien ha atropellado el honor de mi sobrina es él.

MARQUÉS ¿Quién?

ROS. Arturo.

MARQUÉS ¡Imposible! Usted chochea. (Levantándose.) Aunque me lo jurase usted de rodillas, no le creería.

ROS. No le ha hecho á usted falta juramento ninguno para creer el mal en Magdalena, y es más inverosímil.

MARQUÉS ¡Qué locura! (Paseándose agitado.) Vamos, si cuanto más lo pienso, más imposible me parece.

ROS. Yo tengo la seguridad de que Arturo no lo negará.

MARQUÉS Esto es un golpe inesperado... Hay que oir á mi hijo... ante todo.

ROS. Usted es un caballero cristiano; como tal se ha expresado usted hasta este instante... Yo espero que usted cumplirá la palabra que hace poco me daba y me ayudará á que su hijo haga lo que la conciencia exige y hasta la ley creo que manda.

MARQUÉS Vamos, no concibo que eso sea cierto.

ROS. No lo dude usted Enmedio de mi dolor, sólo tengo un consuelo, y es la caballerosidad de usted y la piadosa vida de la señora Marquesa. Con ustédes confío en que Arturo no se negará á dar su nombre á Magdalena.

MARQUÉS Pero, ¿qué está usted soñando? Si no se negase él, me negaría yo y se negaría su madre.

ROS. ¡Ustedes! (Levantándose.)

MARQUÉS Usted debe vivir fuera del mundo. ¿Cree usted que un título glorioso, una fortuna, un nombre, todo eso está á la disposición de la primera mujer que no sepa cumplir con sus deberes? ¡Pues no faltaba más!

ROS. Pero qué, ¿la honra de una mujer, no vale lo que un título, una fortuna y un nombre?

MARQUÉS Pues si vale tanto, ¿por qué no ha sabido guardarla?

ROS. Pero, ¿no consideraba usted hace poco digno del presidio al autor de la desgracia de Magdalena?

MARQUÉS ¿Y qué? Algo le había de decir á usted para consolarle. Usted ha venido á sorprenderme, á plantear el asunto de un modo capcioso, ¿y ahora me va usted á echar en cara lo que he dicho para aliviar su pena? Eso no está bien. Usted, metido allá en su aldea, ignora lo que son las conveniencias sociales, lo que es el decoro que se debe á una posición en el mundo. Bástele á usted saber que

si se realizara la locura que usted parece que patrocina, si Arturo se casase con Magdalena, ni yo, ni él, ni su madre podríamos andar por las calles de Madrid, de vergüenza!

ROS. ¿Es que por las calles de Madrid no pueden andar los que hayan cumplido con su deber?

MARQUÉS Vaya, no diga usted más tonterías.

ROS. Perdóneme usted, yo no quiero irritarle; yo no vengo á discutir, vengo á suplicar, de rodillas, si es necesario, ante usted, ante la señora Marquesa, ante Arturo mismo...

MARQUÉS No, de esto no hablará usted á nadie, y mucho menos á mi mujer... ¡A nadie! Se lo prohibo.

ROS. Señor Marqués, yo se lo pido á usted en nombre de Dios; usted no necesita aumentar su fortuna por el matrimonio de Arturo. Un acto enérgico de usted puede devolver la honra á una mujer... Es lo menos que puede hacer un caballero, y usted lo es sin duda alguna. Yo se lo suplico... Mis oraciones de toda la vida serán por usted, por su familia.

MARQUÉS Basta; no se ponga usted pesado. Ahora... ni tiempo tengo de escucharle.

ROS. No se enfade usted, señor Marqués... yo siento disgustarle... Es verdad que ella no tiene disculpa; pero él la ha engañado, créame usted, la ha engañado.

MARQUÉS ¡Qué sabemos! Hay que oir á las dos partes. No pretenda usted tener razón, y menos venir á hacernos escenas de lágrimas. Si usted quiere conseguir algo de mí, es preciso que se vaya al pueblo, que calle, que no pretenda dar escándalo...

ROS. Pero, ¿es escándalo la súplica? Si yo vengo á rogar, á pedir como una merced lo que creo que es justicia.

MARQUÉS (¡Qué disgusto [redacted])

ROS. Piense usted en su situación en estos momentos si fuera usted el padre de Magdalena.

MARQUÉS Si yo tuviera una hija, honraría mi apellido con su virtud.

Ros. Entonces, ¿por qué no quiere usted que le honre Arturo? Perdón, si este argumento le molesta.

Marqués No es lo mismo. Vaya, no quiero discutir... ni sé qué contestar en este momento. Además, tengo que hacer. Reflexione usted sobre lo que le he dicho.

Ros. *(Suplicante)* Señor Marqués... ¡un rayo de esperanza para Magdalena!

Marqués No tengo tiempo de hablar más. *(Vase por la derecha.)*

ESCENA VI

DON ROSENDO. Luego ANDRÉS.

Ros. Me parece que estoy soñando. ¡No puede ser que en cuatro días todo lo que me rodea haya cambiado de sér y condición! Arturo, su padre, Magdalena... todos olvidando de repente los dictados de su conciencia; todos lanzándose de pronto por el camino de su egoismo ó de su liviandad... ¡Ah! Pero la señora marquesa no habrá perdido también la noción del deber. En esta triste epidemia su piedad la debe conservar inmune.

And. *(Por el foro.)* ¡Don Rosendo!

Ros. ¡Tú en esta casa! ¿A qué vienes?

And. A buscar lo que me han ofrecido en el pueblo.

Ros. ¡Qué quieres decir! Tú aquí nada tienes que hacer. A los amos de esta casa debes el pan que comes y eso no lo debe olvidar jamás el hombre.

And. No lo olvido, don Rosendo. Sí, por eso; porque tengo memoria vengo, y precisamente á lo que usted quiere, á dar las gracias.

Ros. Si me tienes algún cariño, no amargues más mi situación; no añadas tú... tú ¡víctima inocente de todo esto! más hiel á mi cáliz. No has debido entrar aquí, ni debes permanecer un momento más en esta casa.

And. ¿Y usted por qué ha venido?

Ros. ¡Yo! Tengo la obligación de buscar amparo para una infeliz, á la que por lo visto yo no he sabido defender. A mi me trae un deber de conciencia; á tí no te puede traer más que un sentimiento malo: el rencor; ó lo que yo no creo en tí; la venganza.

And. ¡La venganza!

Ros. Sí, leo en tu semblante los impulsos de la ira. No, tú no aumentarás mi pena acudiendo á la violencia... júramelo... júramelo por la fé que te he enseñado, por la memoria de tu santa madre, que al morir te dejó entregado á mis cuidados, júramelo... ¿No contestas? ¿No quieres jurar? ¡Ah! ¿Qué te he hecho yo para que también tú me claves el puñal en el corazón? ¡Ingrato como todos!

And. (Abrazándole.) No, don Rosendo; no. No me diga usted á mí eso. Yo daría mi vida para verle á uste contento como antes. Si después de ella, yo no quería en el mundo más que á usted. Y ahora es á usted solo á quien quiero. Si por usted, pensando en usted nada más, no he hecho ya muchas barbaridades que se me están poniendo aquí en la cabeza y que me quitan el sueño y la vida... y eso que una voz me parece que me persigue y me grita... ¡Anda cobarde! Cobarde si te aguantas.

Ros. Vete al pueblo en seguida.

And. Sí. Ya me iré; pero allí, ese mal pensar mío, es más fuerte, y más terco. Porque créalo usted; en mi oido suena un mosconeo de burlas que lo escucho hasta cuando estoy solo en mi casa. Parece cuando voy por la calle, que todas las mozas se rien de mí... y tienen razón; y sus burlas me arrancan lágrimas; y parece que todos los hombres me tienen lástima; y aunque tengan razón también, su lástima me llena de coraje; siento así como si me fuera á ahogar de rabia, y creo que arrancándole el alma á uno me quedaría yo más sosegao.

Ros. Calla Andrés. No te quiero oir.

And. Repare usted que tengo que andar con la

frente baja por el pueblo. Que yo no he hecho na y ando afrentao, como quien ha cometido un delito; y el demonio me dice que para vivir como un criminal, vale más darse el gustazo de serlo.

ROS. ¡Qué horror! ¡Andrés! (Tapándole la boca.)

AND. Perdóneme usted. Ya ve usted si estaré trastornao que le digo estas cosas á usted. Cuando solo por evitarle una pena daría yo mil vidas y haría más; aguantaría que me faltase cualquier hombre. si las tuviera

ESCENA VII

DICHOS y GUTIERREZ.

GUT. (Saliendo por la izquierda.) Está aquí. ¿El señor cura párroco de Villafría?...

ROS. Servidor.

GUT. Usted no me conoce. Soy el futuro suegro de Arturo y vengo á hablar con usted por encargo del marqués. Sé lo ocurrido y vengo á arreglarlo.

ROS. ¡Usted!

GUT. Supongo que este joven viene con usted.

ROS. Sí, señor. (Se sientan; don Rosendo enmedio.)

GUT. Hay que evitar disgustos ante todo, y á eso vengo. Porque yo vivo la vida de los negocios desde que amanece hasta que me acuesto; sé que en el mundo se arregla todo pronto si hay quien sepa ir al corazón de las cosas, como yo soy en la Bolsa y en todas partes.

ROS. Si usted es el padre de la prometida de Arturo, comprenderá la gravedad de un matrimonio que empieza por hacer una víctima.

GUT. Bueno, bueno. Todo eso ya lo sé. Mejor sería que no hubiese ocurrido tal tropiezo. Cosas de la vida. Yo no censuro nada de lo que acontece en el mundo. Lo que hay que hacer es poner remedio á las cosas, si se

puede, que como no se trata de la muerte, para todo lo hay en la tierra.

AND. Menos para los engaños de los hombres.

ROS. Calla tú. (A Andrés.)

GUT. He dicho que vengo á buscar un acuerdo; y ante todo es preciso que usted... se convenza de que no tiene derecho á nada.

ROS. ¡Cómo! Está en mi favor hasta la ley.

GUT. ¡La ley! ~~Aunque esa joven fuera menor de edad~~; para condenar á Arturo, habrá que proceder á una serie de pruebas difíciles. Tan difíciles, que nunca se pueden presentar. Por otra parte, la influencia de Arturo en los tribunales... y luego el nombre de ella rodando por la curia y por los periódicos meses y meses...

AND. De la justicia no hay que esperar na.

GUT. Me alegro de que este joven crea eso. Ese medio, desechado. Queda el escándalo. Me podrían ustedes haber dado un disgusto si yo no fuese un hombre de mi tiempo. Pueden dar un mal rato á mi hija, pero al final de esto, ¿qué? Nada. Yo no negaría á Arturo la mano de Cecilia, y ustedes quedarían en la misma situación.

ROS. Entonces, ¿qué es lo que viene usted á arreglar aquí?

GUT. Allá voy. No les queda á ustedes más que la voluntad del Marqués, que es muy grande, á la cual añado desde hoy la mía, y me preocupo lo mismo que él del porvenir de esa joven.

ROS. Pero cómo, ¡acabe usted!

GUT. Usted se vuelve al pueblo ahora. Allí tranquiliza usted á su sobrina, y tengan ustedes la seguridad de que antes de un mes la caso.

ROS. ¡Cómo! ¿Con quién? ¿Qué dice usted? (Levantándose todos.)

GUT. Con cualquiera... Yo la caso.

AND. Dice bien el señor. Con otro cualquiera, con otro como el señorito Arturo.

ROS. (A Andrés.) Calla. El Marqués no puede haberle autorizado á usted para ofenderme de de ese modo.

GUT. Si toman ustedes así mis palabras no vamos á entendernos. Yo no pienso ni ofenderle á usted, ni á ella, ni á este hombre, que sin duda es también parte interesada...

AND. No es á usted á quien tengo yo que decirle quién soy.

ROS. Caballero, venía á Madrid presintiendo en el fondo de mi alma la negativa. Lo que no podía sospechar es que se contestara con un insulto.

GUT. Con palabras gruesas no se llega á ninguna parte. Yo soy hombre de soluciones prácticas. Lo que propongo lo es; nos conviene á todos.

ROS. No es posible que la señora Marquesa piense de ese modo. Yo voy á buscarla ahora mismo. Sígueme. Si se niega á pasar recado gritaré, para que me oiga y se conmuevan. Ven.

GUT. Ustedes sentirán algún día no haberme hecho caso. Pero ya lo pensarán mejor.

ROS. Lo único que puedo contestar á usted es que le perdono... Vamos... vamos.

AND. ¡Si usted me dejase contestar al señor!

ROS. No, no, ven. (Vanse izquierda.)

ESCENA VIII

GUTIERREZ. Luego ARTURO y ROSSELL y al final CRIADO

GUT. Gracias á que la Marquesa debe de estar ya en mi casa. ¡Qué gente! Es la primera vez en mi vida que en materia de negocios he tenido otra cosa que discutir que la cantidad.

ART. (Por el foro.) ¡Gracias á Dios que me dejan acercarme á usted.

GUT. ¡Ah! ¿pero estabas en la casa?

ART. Acabo de llegar de la Audiencia con el doctor. Al entrar me han dicho que estaba aquí el cura de Villafría con usted, y he querido evitar escenas desagradables. Como supon-

go á usted enterado de todo.. espero que me perdonará.

GUT. ¿Quieres callar? ~~No te disculpes~~. Yo soy un hombre de mundo. Las calaveradas se deben hacer antes del matrimonio. Esa es la garantía de que se va á ser un buen marido. Por supuesto, ella es guapa.

ROSSELL E histérica.

GUT. Yo la caso, aunque su tío se enfade. Sería la primera cosa que yo no arreglase en este mundo.

ROSSELL Sí, con dos líneas de lapiz, ¿verdad?

GUT. Sí señor, no se burle usted; con dos líneas de lapiz que contengan muchas cifras.

ART. Y habrán enterado á mi padre, y quizá á mi madre, que es lo único que siento.

GUT. Los dos lo saben, y esperan en mi casa el resultado de mi conferencia. Tú no debes detenerte más, porque es la hora. (Mirando al relcj.)

ART. No tardo más que el tiempo necesario para vestirme.

CRIADO (Por la izquierda.) ¿El señor doctor?

ROSSELL ¿Qué hay?

CRIADO Que el señor cura de Villafría se ha sentido enfermo de pronto.

GUT. ¡Demonio! Qué cosa más desagradable.

ROSSELL ¿Dónde está?

CRIADO En el recibimiento. Es una especie de mareo.

ART. ~~Vaya; me va á ver salir.~~

GUT. No; le llevaremos á una habitación cualquiera. Vuelvo en seguida. (Vanse por el foro Gutiérrez, el Doctor y Criado.)

ESCENA IX

ARTURO, ANDRÉS

ART. Es lo que nos faltaba hoy... ¡En mal hora se me ocurrió acercarme á Magdalena! Sermones no van á faltar aquí con don Rosendo. ¿Qué le habrá dado? Puede que desde aquí

se oiga algo. (Se acerca á la puerta del foro y escucha. Se abre la puerta de la izquierda y entra Andrés. Arturo retrocede.) ¿Tú por aquí?

AND. Sí, señor.

ART. ¿A qué vienes?

AND. Vengo... ¿no me ofreció usted un dote? Pues vengo por él.

ART. Oye, no tengo humor de aguantar ironías.

AND. ¿Ironías? No sé qué es eso; pero si usted se cree que hablo de broma, le juro que se engaña, porque entre hombres, y cuando media lo que media entre nosotros, no hay broma si hay vergüenza.

ART. Bueno, ¿y qué quieres?

AND. Pues decirle á usted dos cosas. Primero, que me ha ofendido usted mucho burlándose de mí con ella; y segundo, que me ha ofendido usted más queriendo que yo sea lo que no puedo ser: tapadera de sus vicios.

ART. Insolencias es lo que no aguanto.

AND. Ni yo, y por eso vengo, porque no me quedo en el cuerpo con lo que usted me ha dicho... ni con lo que me ha hecho.

ART. (Riéndose.) ¿Es que vienes á desafiarme?

AND. ¿De qué se ríe usted?

ART. ¿Qué quieres que haga? Esta es la nota cómica de un asunto bastante desagradable para mí y que me ha dado ya algunos disgustos. Hay que reirse por fuerza.

AND. Pues no puede ser entre dos hombres que uno ría y otro llore por la misma cosa.

ART. Déjame en paz. Si fueras capaz de discurrir, pensarías que he hecho... lo que todos los hombres hubieran hecho en mi lugar, y que, en caso, ella es la que te ha engañado; pero se conoce que te domina, y te ha inspirado este paso inútil... más inútil que todos, porque por la violencia cedo menos que por ninguna otra razón.

AND. A ella no la he visto desde que descubrí su infamia, y yo no necesito que una mujer me diga quién me ha ofendío ni cómo. ¿Usted no sabe que vengo de oirle en las Salesas, y allí ha dicho usted que ella era la

víctima inocente, y que al autor del crimen no se le debía castigar; se le debía absolver? ¡Lo contrario de lo que ahora me dice!

ART. Era mi obligación; tú no entiendes de eso. Pero la prueba de que no tenía yo razón es que el Jurado ha declarado autor del delito á mi defendido, y el tribunal le ha condenado á dieciocho años de cadena. Conque... ya ves.

AND. Y á mí, ¿por qué me cuenta usted eso? Yo no soy asesino. Yo vengo á decirle á usted que conmigo se ha portado muy mal, y que si tiene usted coraje... quiero que me ofrezca otra vez ese dote, por ahí, en cualquier parte, donde nadie nos vea, donde estemos solos usté y yo... Vamos, donde van los hombres cuando se ofenden.

ART. Esto ya colma mi paciencia. Vete, ó te mando echar por los criados.

AND. ¿Es que no se atreve usted á contestarme más que con los criados? ¿Pues no decían allá en las minas que era usted tan valiente y que se había desafiado tantas veces?

ART. Pero, ¿tú crees que todas las personas son iguales en el mundo? Hay una ley para los caballeros que tú no sueñas siquiera. ¿O crees que yo voy á ir al campo del honor con un capataz de mis minas? ¡Me pondría en ridículo! ¡Se burlaría de mí todo el mundo! Anda, vete, que ya ves la paciencia conque te oigo. Si te propones asustarme, te equivocas, porque yo no me asusto de nada ni de nadie.

AND. ¿De modo que tiene usted á menos el pelear conmigo?

ART. ¡Pelear contigo! (Riéndose.)

AND. También puede ser que no tenga usted alma bastante.

ART. Contén esa lengua, ó no voy á reparar en que estás en mi casa.

AND. Yo hablo.. porque usted no quiere más que hablar, que si tuviera usted genio, ya hace rato que hubiéramos callado los dos ó uno de los dos.

ART. Esto es inaguantable. (Toca el timbre.)

AND. Cuando no se tienen agallas para responder á un hombre, no se le falta. Para engañar mujeres, no se necesita valentía; para insultar á los hombres, sí

ART. (Al Criado, que aparece.) ¡Ese hombre, á la calle!

AND. Ya me voy. (Al Criado.) No me toque usted. (A Arturo.) Conste que no tiene usted genio. Que ofende usted y luego no da la cara. Que para insultar, lo hace en persona, y para dar satisfacción apela á los criados.

ART. Si no calla, entréguelo usted á una pareja.

CRIADO Salga usted

AND. ¡Y luego le llaman á usted allá el señorito!... Yo creía que para ser señorito se necesitaba vergüenza.

ART. ¡Fuera de aquí.

ESCENA X

DICHOS, GUTIERREZ, ROSSELL

ROSSELL ¿Qué es esto?

ART. Andrés, que se ha vuelto loco, y se conoce que esa mujer le ha mandado para que me insulte.

GUT. Anda, vé á vestirte, y vámonos. (Empujándole hacia la derecha.)

ROSSELL (A Andrés.) Debía usted agradecer el pan que come, por lo menos.

AND. Me parece que usted está ahora agradeciendo demasiado el sueldo de los marqueses.

ART. Pero, ¿ven ustedes cuánta insolencia? ¡Sacarlo arrastra!

GUT. ¡Calma! Váyase usted. (Al Criado, que obedece.) Lo primero es evitar el escándalo que esta gente busca. Ven conmigo. (Empujándole hacia la derecha.) Anda.

ART. ¡Yo te juro que sabré castigar tu insolencia!

AND. ¡Quiá!

GUT. (A Arturo.) Vamos.

ROSSELL Ande usted.

ART. Si mi madre sabe esto... (Rossell y Gutiérrez empujan á Arturo y le meten en la habitación de la derecha. Andrés se lanza hacia la habitación en que ha entrado Arturo. Los otros le detienen.)

~~GUT.~~ Ros. = ¿Qué intenta usted?

AND. (Forcejeando.) Nada, ahora que están ustedes aquí y son sus amigos, quiero llamarle... ¡Cobarde! (Gritando.)

ESCENA XI

ANDRÉS, GUTIÉRREZ, ROSSELL y DON ROSENDO

ROS. (saliendo por la izquierda.) ¡Andrés!

AND. (Desasiéndose de los otros y yendo hacia él.) ¡Señor Cura!

ROSSELL Han tomado ustedes el peor procedimiento.

GUT. Por este camino nada conseguirán.

ROS. ¿Y por cuál hallaremos satisfacción? El de la ley está cerrado y el de la súplica también.

AND. Y el de la fuerza, porque no tiene sangre en las venas ese hombre.

GUT. No tienen ustedes más que una esperanza.

ROS. ¡Sí, Dios!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración que en el acto primero

ESCENA PRIMERA

DON ROSENDO, ROSSELL (Aparecen sentados)

Ros. Sé lo que desea esa señora; me lo ha dicho el administrador de los marqueses. ¡Reclamar la intervención de Magdalena para con Andrés! Eso está mal hecho; es una idea diabólica, que no sé cómo ha germinado en el corazón de una señora que parecía una santa.

Rossell Tiene usted razón; pero es una madre que teme, y eso la disculpa todo. Además, se trata de una señora que no deja pasar un día sin hacer una buena obra.

Ros. Es verdad.

Rossell ¡Y pensar que yo hubiera podido curar á Magdalena!

Ros. Yo puedo hacer mucho más.

Rossell ¿Más?

Ros. Perdonarla en nombre de Dios.

Rossell (¡Pobre hombre!) (Saluda y vase.)

Ros. ¡Qué débil estoy! (Se sienta.) Para estas luchas me van á faltar las fuerzas físicas... nada más que físicas. ¡Qué factor es el miedo para las conciencias! Porque esa señora, sin el miedo, no hubiera mandado tal recado. ¡Y aún

puede que ese médico dude de que ha habido violencia! Ya lo creo que la ha habido. Cuando un hombre, en cualquier negocio, engaña á otro valiéndose de la superioridad de su inteligencia, la ley le castiga, y no se llama estafa. Cuando la engañada es una mujer y el asunto es de amor, se llama habilidad en la tierra; pero Dios debe dar el mismo nombre á ambas cosas.

ESCENA II

DON ROSENDO, ROSA

ROSA — Señor Cura, ese hombre no quiere venir con el carro después de las seis. Dice que salir después de esa hora es imposible. El convento está lejos, y, como no hay luna, todo el camino tiene que andarse á oscuras.

ROS. — ¡Claro! El busca la luz, y nosotros huimos de ella; es el síntoma más seguro de la maldad. Oye, ¿y tú crees que en el pueblo se sabe ya todo?

ROSA — Lo sospecho. ¡Si usted viera la risita conque me preguntan algunos por Magdalena! ¡Quiera Dios que podamos salir sin que nos vean!

ROS. — Pero, qué, ¿temes que hagan algo?

ROSA — Yo no sé. Son muy brutos.

ROS. — Son muy honrados.

ROSA — Pero capaces de todo género de barbaridades.

ROS. — No sé qué quieres decir... Yo voy á tener que abandonar el pueblo si todo esto se sabe efectivamente. ¿Qué pastor soy yo, que escandalizo á mis ovejas en mi propia casa? ¿Por qué Dios no me habrá llamado á su seno antes de llegar á esta situación?

ROSA — Serénese, señor.

ROS. — Ya estoy sereno. Voy á cumplir con mis deberes. Si alguien pregunta por mí, estoy en la iglesia confesando. Ya sabes lo que te he dicho. Adiós. (Vase por la puerta.)

ROSA ¡Pobre señor, le cuesta la vida! ¡Si supiera lo que en el pueblo se dice contra Magdalena! Yo no estoy tranquila hasta que no haya salido camino del convento... (Entra en la casa.)

ESCENA III

ANDRÉS. Luego MAGDALENA

AND. (Entra titubeando.) Ahora debe estar sola. (Mirando al rosal.) ¡De aquí me cortaba una rosa todos los domingos! Esa ventana fué testigo de un beso... ¡el primero que dió su boca! Me acuerdo de él más que de los de mi madre... ¡Qué cerrada está! Era antes el marco de su casa, ahora parece el nicho de un muerto... pero un muerto á quien no se le reza, ¡se le maldice! Todavía me parece que va á salir á llamarme con aquella vocecita que yo sentía aquí (En el pecho.) antes que en el oído...

MAG. (Saliendo de la casa.) ¡Andrés!

AND. (Reponiéndose rápidamente.) Te extrañará verme aquí... en tu casa.

MAG. ¿Qué quieres?

AND. No lo sé.

MAG. Si no es á gozarte con mi dolor no sé á qué vienes.

AND. No vengo yo; me trae el corazón, que lucha con mi vergüenza y la puede. Vengo porque yo soy todavía peor que tú. Vengo... ¡no se lo digas á nadie! porque á pesar de todo te quiero ~~mucho, muchísimo~~. . (Muy bajo.) ¡~~Como siempre~~!

MAG. ¡Calla!

AND. Primero pensé olvidarte... Miento, olvidarte no lo pensé jamás; pensé odiarte pero no he podido... ¡Cá, si me parece que te quiero más que antes!... ¡Ya ves tú ~~qué poca vergüenza tengo~~! si parece un sueño

MAG. Andrés, ten compasión de mí. No me muestres toda la grandeza de tu corazón ahora, cuando ya no puede ser mío, cuando no soy digna de él. Olvídame.

AND. No puedo. Al saber que van á encerrarte en un convento; al saber que vas á desaparecer de mi vista para siempre, no he podido resistir más... ¡Yo quiero verte, manchada ó inocente, con tu pensamiento en mí ó con tu pensamiento en otro! ¡Yo quiero verte aunque á mí me odies y á él le adores! ¡Quiero verte!...

ó lejos de mí:

MAG. No; yo no le quiero. No le mientes. ¡Le aborrezco!

AND. Eso es la rabia que te producen los celos.

MAG. No; ya que vamos á separarnos para siempre te lo debo decir todo... ¡yo creo que no le he querido nunca! ¿No me creerás, verdad? ¡Te lo juro por lo que haya para tí más sagrado! No sé si á todas las mujeres les pasará lo mismo; ha sido una alucinación, un no sé qué, porque yo no puedo explicarlo... la voluntad del demonio venciendo á la mía.. la locura de un momento... la falta de fe en mis fuerzas ante la energía de un ser superior... ¡no creas que estas son disculpas! ni las hay para mi falta ni las quiero. Pero á alguien he de decir la verdad y tú eres el más digno de escucharla; yo me he sentido burlada siempre por ese hombre, y convencida, no sé por qué, de mi impotencia para luchar, he caido resignada, pero no amante de mi verdugo.

pero — Por — por

AND. No te entiendo ¡y me convences! Y es porque te escucho con el corazón.

MAG. ¿Quieres más pruebas? Si mañana me llamase para ser su esposa ¡me negaría! ¡me mataría antes! Le odio. Todas sus desventuras serán mis placeres en la vida. Si en mi mano estuvieran todas las desdichas, todas las penas que pueden afligir á un hombre, todas se las lanzaría al alma de un golpe, sin remordimientos, sin lástima y sin compasión.

AND. Háblame así mucho, que esas palabras parece que alivian mi dolor. ¿Tú no le quieres?

MAG. No; le odio.

AND. Debes decir la verdad, porque yo, al oirte, le

aborrezco menos. Y... me da miedo preguntarlo; de aquel cariño que me tenías antes, ¿no queda nada... nada?

MAG. No puedo contestarte

AND. ¿Por qué? Responde.

MAG. Ya no puedo vivir más que para el remordimiento, ~~no debo hablar de otra cosa~~... ya ves, mi sola amistad mancharía á cualquiera en la tierra. Sólo Dios no se avergüenza del cariño de sus criaturas por malas que sean... Por eso dentro de pocas horas estaré en el convento para siempre.

AND. Eso no.

MAG. ¿Qué quieres decir?

AND. Pero, ¿no comprendes que si yo pudiese vivir sin tí ya te hubiese matado?

MAG. Olvídame.

AND. Jamás. He venido aquí después de una lucha horrible á confesarte mi bajeza, y el premio eres tú. ¡Huye conmigo!

MAG. No.

AND. ~~Iremos~~ donde nadie nos conozca, donde nadie nos obligue á bajar la cabeza al pasar; allí maldeciremos nuestra desgracia, odiaremos, rezaremos... lo que quieras; pero juntos, ¡siempre juntos!

MAG. No; déjame sufrir sola. No sabes lo que dices. Cada palabra tuya despierta deseos de venganza y yo no puedo ir á la casa de Dios con odio en el alma y mucho menos con recuerdos ~~agradables~~ de tu afecto...

AND. ~~Has dicho agradables, ¿verdad?~~ (Acercándose mucho.) ~~Contesta; has dicho agradables~~.

MAG. Déjame Este castigo es mayor que mi culpa. Tú no mereces participar de mi vergüenza; tú puedes andar por el mundo con la frente alta... ¡Vete!

AND. Nunca.

MAG. ¡Vete! ¡Por Dios!

AND. ¡No!

MAG. Por el cariño que te... tenía...

AND. (Después de mirarla fijamente.) ¡Maldito el día en que me miraste por primera vez como ahora me miras! (Apartándose.) ¡Maldita esa luz

de tus ojos que me quema las entrañas! ¡Maldito el que la haya gozado como yo!

MAG. (*Cubriéndose el rostro con las manos.*) ¡Oh, sí! Maldito mil veces. Adiós. ¡Adiós para siempre! (*Huye hacia la casa.*)

AND. Magdalena... No es posible. ¡Magdalena! ¡Pero si tiene razón al huir! ¡Si soy yo el que ahora no tiene ni dignidad, ni valor, ni nada! (*Cae sobre un banco prorrumpiendo en sollozos.*)

ESCENA IV

ANDRÉS y JUAN

JUAN ¡Andrés!

AND. ¡Ah! no digas á nadie que me has visto llorar, ¿eh? ¡A nadie!

JUAN ¡Qué he de decir! Pero sé hombre; los hombres no lloran por mujeres... como esa.

AND. No la insultes.

JUAN Yo no digo na; pero está el pueblo... Ya se han enterao toos y hasta han sacao coplas, y saben que este anochecío nos la llevamos de aquí y verás cómo vienen á insultarla como se merece... ¡Ha deshonrao al pueblo! Tú no salgas de casa.

AND. ¡A insultarla! Y ¿quién se va á atrever?

JUAN ¡Toma! ¡Qué cegao estás! Pues... too el mundo puede hacerlo.

AND. Nadie, ¿oyes? Yo lo impediré.

JUAN ¿Tú? ¡Pues si saben que lloras por ella, también la tomarán contigo.

AND. Dime á qué hora salen de aquí.

JUAN Me ha dicho el señor cura que no se lo cuente á nadie.

AND. Dímelo; porque si no... me estaré todo el día y toda la noche esperando en el quicio de esa puerta!

JUAN Bueno, pues á las seis; pero tú no vengas.

AND. ¿Que no venga? ¡Me tendrían que atar! Aunque me has visto llorar, no soy un cobarde,

no... Ya sé cual es la obligación de un hombre... y ya verás lo que hacen los hombre en estos casos. Adios. (Vase.)

JUAN ¡Lo que trae una mujer mala!

ESCENA V

JUAN y MAGDALENA

MAG. (Saliendo de la casa.) ¡Juan!

JUAN ¡Ah! ¿Es usté?

MAG. Ahora que estás solo voy á hacerte un encargo.

JUAN ¿A mí?

MAG. Sí; aquí (En un paquete.) están las cartas de Andrés y una cruz que me regaló el día de mi santo. Esta noche, cuando mi tío y yo hayamos salido, se las das.

JUAN Bueno.

MAG. Y le dices que... que eso es suyo.

JUAN Está bien.

MAG. Que por eso se lo entrego... que lo guarde... ¡No! No le digas que yo deseo que lo guarde.

JUAN Tal vez no lo quiera.

MAG. Tienes razón. (Apartándose tristemente.) ¡Ah! (Volviendo.) Pero la cruz la llevó su madre hasta la muerte, y quizá la desee por eso.

JUAN Por eso sí. Parece que pierdo el alma al

MAG. (~~¡Qué trabajo me cuesta~~ perder estos recuerdos! ~~Mejor será no dárselos todavía; yo se los mandaré desde el convento... Pero ¿qué estoy diciendo?~~) Toma, dáselo sin decirle nada.

JUAN (Tomando el paquete.) Será lo mejor.

MAG. (Muy conmovida.) ~~Parece que se me llevan un pedazo del alma.~~

JUAN (~~En medio de todo~~... ¡pobrecilla!)

MAG. ¡Ah! trae á ver si se me olvida algo. (Cogiendo con ansiedad el paquete.) A ver; una, dos, tres,.. ~~¡Qué feliz era yo cuando recibía estas cartas!... ¡Y qué tranquilidad tan grande! Esta (Sacando una.) es la carta en que me compara-~~

ba con la Santa patrona del pueblo; la carta que mi tío llamaba de la blasfemia. ¡Y lo era! es decir, lo ha sido después. (Alto á Juan.) Luego, luego te las daré, cuando me vaya... (Vase á la casa.)

JUAN — Bueno. (Me voy á llorar á la calle.)

ESCENA VI

JUAN y ANDRÈS

AND. — (Por el foro.) Juan.

JUAN — ¡Otra vez tú aquí.

AND. — Sí, otra vez quiero hablar al señor cura.

JUAN — Hombre no aumentes su pena.

AND. — ¡Te digo que he de hablarle!

JUAN — Pues mira, ahí viene. Haz lo que quieras; yo me voy á esperar el carro. (Vase foro.)

ESCENA VII

ANDRÉS y DON ROSENDO

ROS. — Andrés. ¡Tú aquí!

AND. — Aquí me trae... no sé qué. Pero siento algo que me dice: «anda, que vas á hacer falta en casa del señor cura.»

ROS. — El deseo que te engaña. Aquí nada tienes ya que hacer.

AND. — Señor cura... ¡no me eche usted! Vengo á verla... ¡á verla por última vez! Me esconderé si usted quiere.

ROS. — Vamos, ten juicio.

AND. — Es como si se fuera á morir... Usted no me impediría que la viera espirar.

ROS. — Repara que vienes á aumentarte el dolor, y quizá á distraer su pensamiento de Dios.

AND. — Pero una vez nada más... ¡la última vez!

ROS. — Dentro de poco, pensar en ella será ofender á Jesucristo. Olvídala.

AND. Más que he hecho por olvidarla, ¡nadie! A usted debo decírselo todo. Hasta he bebido como todos mis compañeros, y el vino me la ponía aun más delante de los ojos, y además me daba unas ideas muy negras. Yo creo que todos los borrachos tratan de ahogar alguna pena, porque si no, no lo serían. La mía sigue tan viva como antes, pero en cambio mis pensamientos son muy malos... ¡Casi llegan á darme miedo!

ROS. ¡Oh! Deséchalos. El sufrimiento es el compañero más tenaz del hombre en la vida. Deséchalos.

AND. Yo bien quisiera hacerle á usted caso, pero no basta que uno quiera. Hoy mismo, ese hombre, que me lo ha robado todo, ha pasado delante de mí con su mujer... tan satisfecho; iban los dos muy contentos, muy felices, y eso no lo debe aguantar Dios, porque esos son felices á costa de otras dos personas que se repudren y se mueren por ellos.

ROS. Ten calma. Ahora... al trabajo. Es en esta vida el lenitivo mayor para todas las desventuras.

AND. ¡El trabajo! ¿Para qué? Antes trabajaba para ella, ahora si trabajo es para él; para que aumente su dinero y tenga medios de robarle á otro la mujer ó la hija... ¡Ca, no trabajo!

ROS. No quiero oirte decir eso... ni que lo pienses siquiera. La honradez de las almas se templa en la desgracia ¿Es la tuya tan ruin que no va á resistir el primer golpe?

AND. Eso ya me lo había usted dicho muchas veces... pero no me habia usted contado que la felicidad se puede disfrutar robándola.

ROS. ¿Qué dices?

AND. Sí; porque el señorito y su mujer son muy felices ahora, y esa dicha debía ser mía y de Magdalena, y no la tenemos porque nos la han robado.

ROS. ¡Calla, calla! Ahora serénate y vete, que aquí no puedes estar.

AND. Déjeme usted verla... ¡verla pasar cuando se vaya, como si pasase su entierro! Yo no diré nada; me tragaré mis palabras y me envenenaré con ellas. (Se oye el rumor de gente que se reune detrás de la tapia.)

ROS. Anda, vete.

AND. Señor cura... (Suplicante.)

ESCENA VIII

DICHOS, JUAN

JUAN Ahí está ya el carro. (Cierra las hojas de la puerta del foro.)

ROS. (A Andrés.) Te mando que te vayas. No me desobedezcas. (Se acentúa el rumor de la calle.) ¿Qué es eso?

JUAN La gente.

ROS. Pero, ¿qué sucede?

JUAN Gente mala, que hay mucha en este pueblo. Se han enterao de que se va su sobrina y unos dicen que si es por esto y otros que si es por lo otro...

ROS. ¿Que se han enterado?

AND. ¡Todos, señor cura, todos!

ROS. ¡Qué atrocidad! Pero, ¿qué intentan hacer ahí?

JUAN ¡Toma! insultarla.

ROS. ¡Imposible! No serán capaces.

AND. Yo saldré á echarlos. Son unos cobardes.

ROS. No, eso no. Nada de violencia; á mí me quieren y me respetarán.

JUAN ¡Qué sé yo!

ROS. ¡Qué pronto ha corrido la noticia, y cuántos hay en este mundo siempre dispuestos á tirar la primera piedra!

ESCENA IX

DICHOS, MAGDALENA y ROSA, que salen de la casa

MAG. ¡Andrés aquí!

ROSA ¿Ve usted, señor cura, como tenía yo razón en mis sospechas? ¡Qué infames!

AND. ¡Yo abriré!

JUAN (Deteniéndole.) Tú no. Estáte quieto.

MAG. Iré sola. Déjeme usted realizar este último deseo. La injuria ya no me hiere; llevo quince días sintiéndola en mi derredor. Lo que sí quiero es que antes de partir, si usted me cree digna de ella, dé su bendición (Arrodillándose.) á la que va á expíar con eternos remordimientos su pecado.

ROS. (Alzándola.) Levanta y ven á mis brazos, yo no te abandono en este instante. ¿No os he dicho que abrais? Tú, Rosa, anda, ó iré yo mismo á hacerlo.

ROSA Puesto que usted se empeña... (Abre de par en par y se ven apiñados á la puerta hombres y mujeres que cesan de hablar y examinan con curiosidad la estancia.)

ROS. (Adelantándose hacia la puerta.) ¿Qué queréis? ¡Entrad! ¿Por qué venís en tumulto? ¿Quién os ha erigido en jueces de vuestro prójimo?

AND. (A Juan, que le sujeta.) ¡Déjame que yo abra paso!

MAG. (Retrocediendo hasta apoyarse en Rosa.) ~~Esa curiosidad me hace mucho daño. Esas miradas parecen puñales que se me clavan en el corazón.~~ ¡Dios mío!

ROS. Ten valor, hija.

AND. Id á burlaros á casa del señorito, y dejad á la víctima. (A Juan.) ¡Suéltame! (Cesan de repente todos los rumores. Los hombres que están á la vista del público abren paso y se quitan los sombreros.)

ESCENA X

DICHOS y ARTURO

ART. (Sin pasar del umbral.) No tengan ustedes cuidado alguno.

AND. ¡El! ¡Se atreve á venir!

ROS. ¡Usted aquí! ¡Usted es el único que no puede traspasar esos umbrales!

ART. Don Rosendo, puede usted no agradecerme la intervención que tomo en este asunto, pero eso no importa para que yo cumpla con un deber.

ROS. ¿Y qué deber es ese que tiene en usted una fuerza que otros no han tenido?

ART. El de salvar á usted de la burla y el escarnio. (Dirigiéndose á los grupos de la puerta.) ¡Fuera todo el mundo! El que se quede en la calle no tendrá más trabajo en las minas ni en las propiedades de mi padre. (Los grupos saludan y van desfilando y retirándose silenciosamente.) Ahora pueden ustedes salir sin ser molestados por nadie. (Vase.)

ESCENA XI

MAGDALENA, ROSA, ANDRÉS, DON ROSENDO y JUAN

AND. ¡Cómo! ¿A él le saludan y le respetan y á ti te ultrajan? ¡Esto ya no puede aguantarlo quien tenga sangre en las venas! (Forcejeando con Juan.) ¡Y yo la tengo! (Se suelta y sale corriendo á la calle, seguido de Juan que intenta detenerle.)

MAG. ¡Andrés!

ROS. ¡Detenedle... va ciego!... ¡Yo no puedo seguirle!...

MAG. ¡Virgen del cielo! ¡Ten piedad de nosotros! (Suena un tiro en la calle, seguido inmediatamente de

un gran vocerío. Magdalena y Rosa dan un grito. Don Rosendo, que se dirigía á la puerta, retrocede con espanto.)

ROS. ¡Qué horror! (Sosteniendo á Magdalena que se apoya en ella.)

MAG. ~~¡Ya hay una víctima de mi falta y no soy yo!~~

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ANDRÉS, que entra pálido y descompuesto

ROS. Andrés, ¿qué has hecho?

AND. ¡Perdón! ¡Perdón, señor cura!

ROS. Aparta. Matar á un hombre en la sombra y á traición.

AND. ¡No parece sino que él me había arrancado el alma cara á cara y á la luz del día.

TELÓN RAPIDO

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerías.